

rrieron algunos, a los cuales curaba ella misma como mejor podía casi entre los mismos pies de los caballos; y en acabando de curarlos, les persuadía y animaba a meterse de nuevo en la batalla para dar socorro a los demás que andaban en ella y que casi desfallecían. Y sucedió que acabando de curar a un caballero se halló tan desflaquecida del largo cansancio y mucha sangre derramada de sus venas que, intentando subir a su caballo para volver a la batalla, no pudo por falta de apoyo. Lo cual suplió tan bastantemente esta señora que, poniéndose ella misma en el suelo le sirvió de apoyo para que subiese: cosa cierta que no poco apoya las excelentes hazañas de esta mujer y la diuturnidad de su memoria" (16).

Pero, a pesar de todos los esfuerzos, la batalla y con ella la vida probablemente de todos los españoles estaba perdida. No se veía entonces la posibilidad de escapar del desastre, cuando Inés Suárez tuvo la idea salvadora. En poder de los españoles había siete caciques que habían sido apresados, e Inés Suárez propuso que se les cortara la cabeza y se las arrojara a los indios, para que éstos, según ejemplo ya conocido en Amése, desconcertaran y huyeran. El proyecto de Inés encontró, sin embargo, gran oposición entre varios de los sitiados. Tales caciques, muy respetados por los naturales, constituían en opinión de muchos "la única tabla de salvación", pues tal vez se pudiera conseguir la vida de los sitiados a cambio de devolverles sus jefes presos.

Pero Inés Suárez insistía en su propósito: en medio de aquel sangriento combate, durante el cual se había ido enardeciendo sobre manera la sangre de los indios, era ilusión pensar en hacerse oír y mucho menos atender de los indios. Por otra parte, era posible que el mismo deseo de libertar a sus jefes estimulase la rabia combativa de los indígenas, y si los sabían muertos, la parte principal de su propósito quedaba ya sin objetivo.

La influencia de Inés Suárez, que siempre había sido grande entre la tropa, se había acrecido ese día por su heroica actuación que ya hemos apuntado. Su decisión fué adoptada al fin, y se dió muerte a los siete caciques, no sin que ella misma ayudase a degollarlos. Así lo asegura el mismo Valdivia en su propio proceso según palabras que hemos visto, y lo afirman también

(16) MARIÑO DE LOBERA, *id.*

otros varios testigos. "Dijo a los que allí estaban que matasen a los caciques, y no queriéndolos matar, instó tanto en ello que los mataron y los ayudó a matar" (17).

Mariño de Lobera escribe que fué ella sola la que mató a los siete caciques por su mano. "Tomó una espada en las manos y se fué determinadamente para ellos y dijo a los dos hombres que los guardaban llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre que los matasen luego antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre más cortado de temor que con bríos para cortar cabezas: Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar? respondió ella: "Desta manera" y desenvainando la espada los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o un Rui-Díaz" (18).

De todos modos por ser más numerosos los de la otra opinión, parece que no fué Inés sola la que degolló a los caciques, sino que ayudó tan sólo en la empresa. Sea de ello lo que quiera es lo cierto que la trágica idea salvadora fué suya, y suya la constancia para hacerla ejecutar en contra de la opinión de todos. Y a ella, por tanto, le corresponde el éxito de la empresa, pues al ser arrojadas las cabezas de los caciques a los indios, se produjo en éstos tan confusión que huyeron despavoridos, dejando el campo para los españoles que pudieron al fin recobrase de tan terrible día.

Un detalle sumamente delicado y casi diríamos conmovedor tiene que unirse aún a lo realizado por Inés Suárez en aquel memorable día de la batalla de Santiago. La ciudad, como hemos apuntado, quedó por entero destruida y nada se salvó, pero Inés Suárez, como dice el propio Valdivia en sus "Instrucciones", "logró salvar una pollita y un pollo así como una cochinilla y un porquezuelo", que luego, como era natural fueron cuidados amorosamente para que se reprodujeran.

Esta estampa nos devuelve a Inés Suárez a su más propio natural, pues aunque su actuación bélica fuese tan destacada, los abundantes datos que tenemos sobre ella nos permiten imaginarla más como mujer amorosa y cordial, no sólo en su trato con Valdivia, sino por sus múltiples y abnegadas atenciones como verdadera madre de todos, según todos pregonaron. Con

(17) LUIS DE TOLEDO, en el "*Proceso*" de Valdivia.

(18) MARIÑO DE LOBERA, *id.*, *id.*

esta estampa bucólica, podemos cerrar la actuación de Inés Suárez al lado de Valdivia pues bien pronto tenía que acabarse.

Digamos, no obstante, como resumen, que bien se comprende que esta mujer estaba en todo y servía para todo que, siendo la favorita del jefe y gozando de excepcional favor, supo ganarse el afecto de todos los que la conocieron, esta mujer—decimos—bien pudo ganarse el afecto entrañable de un hombre como Valdivia. Dice un testigo en el "Proceso" por amor del gobernador todos estaban bien con la dicha Inés Suárez y ella era mucha parte con Valdivia y la ponían como intercesora en algunos servicios. Lo que nos fuerza a honrarla también con el femenino papel de intercesora en los conflictos de los hombres.

No obstante, Valdivia, para que prevaleciese su autoridad, se enfadaba a veces con ella y no cedía. Un día en que Inés le rogaba por cierta persona, se enojó con ella y la echó de sí dándole al demonio, "e la echara de casa e lo efectuara sino fuera por consejo de Alonso de Monroy".

Algún tiempo, después, cuando ya Inés Suárez no tenía trato alguno con Valdivia, cedió unos terrenos suyos que tenía en Santiago, para la casa de advocación de Nuestra Señora de Monserrat, lo que tuvo lugar en el año 1550.

5) LOS ENEMIGOS DE INÉS SUAREZ

Al fin los enemigos de Valdivia consiguieron poner en marcha la máquina de su proceso y este fué visto en el Perú ante el famoso licenciado La Gasca. Inés Suárez fué una de las principales acusaciones contra el conquistador de Chile, pues le censuraban el trato amoroso que con esta había tenido, siendo casado, y sobre todo la extraordinaria influencia que sobre aquél había tenido. Ya hemos visto cómo la inmensa mayoría de los testigos depuso en favor de Inés, quitando importancia a lo de las relaciones amorosas, y ponderando incluso sus excelencias como mujer cristiana y dignísima en el aspecto moral.

La inquina recayó también naturalmente sobre los que se habían distinguido por su amistad con Inés entre ellos el bachiller Rodrigo González, que fué después el primer obispo de Chile. Uno de los declarantes habló contra Rodrigo en estos

términos: "Yendo Vallejo, un soldado a ver a Inés Suárez, la estaba mostrando a leer un bachiller que se llama Rodrigo González, y le dijo Vallejo al bachiller: Muestra a leer a la señora, de leer verná a otras cosas" (19).

Se acusaba, en efecto, al futuro obispo de Chile de excesiva complacencia y tolerancia con los amores de Valdivia, aunque los conocía perfectamente. Uno de los documentos publicados por Toribio Medina dice así: El respetable padre franciscano frai Martín de Robleda aseguró algunos años después en la ciudad de los Reyes que "público y notorio era en las provincias de Chile, y especialmente en la ciudad de la Concepción, que el dicho bachiller Rodrigo González, un día de Pascua de Resurrección, comulgó al dicho Pedro de Valdivia, gobernador, e a su manceba en su casa; pero que este testigo no lo vió" (20).

Y otro testigo fué más explícito: "Acusaban a éste de que estando un día de la Semana Santa u en otro tiempo el gobernador Pedro de Valdivia acostado en su cama con su amiga, el dicho bachiller Rodrigo González los comulgó e después comió con ellos" (21).

A consecuencia del proceso, La Gasca ordenó a Valdivia que se apartase de la compañía de Inés Suárez para evitar el escándalo de los pazguatos, y Valdivia tuvo que complacerle alejando de sí a la mujer a la que debía la vida, el consuelo, los consejos y el estímulo, y todos sus soldados la ayuda y el socorro. No obstante, para dejar bien asegurada a su amada, Valdivia la casó con don Rodrigo Quiroga, que fué después gobernador de Chile. Inés soportó dignamente esta separación impuesta, y ya sabemos cuál fué de digna su vida posterior en todos los aspectos.

6) OTRAS MUJERES EN CHILE

Para sustituir a su perdida amante, Valdivia se trajo del Perú a otras dos mujeres que compartieron su tálamo: María de Enciso y Juana Jiménez. Y no debían ser ya las únicas que

(19) "Proceso contra Pedro de Valdivia", *id.*, *id.*

(20) TORIBIO MEDINA, *Documentos inéditos para la historia de Chile*, tomo XXVIII, p. 64.

(21) *Ibid.*, p. 58.

había en el país, puesto que en una nueva lista de encomendados que confeccionó Valdivia, figura otra mujer llamada Catalina Díez.

Acabada ya en lo sustancial la conquista de Chile, muchos de los conquistadores enviaron a llamar a sus esposas de España, bien por su propio impulso o para cumplir las Ordenanzas del Emperador.

El mismo Valdivia escribía a Carlos V en 1552: "Las provisiones que Vuestra Majestad ha mandado que se enderescen a mí sobre los casados que estén en estas provincias para que vayan o envíen por sus mujeres (a España) serán para mí obedecidas y cumplidas". Y, en efecto, envió a llamar a su mujer que se puso en camino y llegó a Chile, pero cuando ya Valdivia había perecido en cruel muerte a manos de los indios.

"¿Cuándo llegaron las esposas de algunos conquistadores?—se pregunta Errázuriz—o las que con otros se unieron en matrimonio. No podemos contestar. Fijas todas las miradas en los guerreros, sólo por incidencia suele mencionarse la venida de las mujeres y niños: Vicencio de Monte trajo a su familia en el galeón que sirvió a Francisco de Villagrà para volver de Coquimbo a Valparaíso; Antonio de Ulloa hizo desembarcar en las costas del Perú mientras por mar perseguía a Pastene, a las mujeres que conducía una de las naves de su frustrada expedición" (22).

Vemos, pues, como uno de los más diligentes historiadores de Chile echa de menos, como nosotros hemos tenido múltiples ocasiones de apreciar la dificultad de reconstruir paso a paso, al menos de una manera viva y eficiente, la incorporación de la mujer a la vida de Chile como a cualesquiera otras regiones del Nuevo Mundo Hispano. Pero todavía los ejemplares que por su descollante importancia han merecido la mención del historiador y del cronista, son lo bastante espresivas para que conozcamos en qué medida las mujeres de España hicieron patria—española y americana a la vez—al transportar al nuevo continente con sus personas, la vida del país antiguo que habían dejado por el nuevo.

(22) CRESCENTE ERRÁZURIZ, *Historia de Chile. Pedro de Valdivia*, tomo II, p. 477.

Uno de los más destacados genealogistas de la historia chilena, don Tomás Thayer Ojeda, ha reconstruido después de pacientes averiguaciones los nombres de los treinta primeros hogares españoles en Chile, y supone el investigador que debían ser muchos más. A nada conduce reproducir aquí una investigación que ya ha sido realizada por otros. Digamos tan solo que en esta lista figuran en primer término el matrimonio de Inés Suárez con don Rodrigo de Quiroga, y en séptimo el de la nueva amante de Valdivia, María de Enciso con Gonzalo de los Ríos.

Una de las damas que figuran en esta lista del señor Thayer Ojeda, doña María de los Nidos, casada con Cristóbal Ruiz de Ribera, dió pruebas bien pronto de ánimo heroico, con ocasión de una derrota que sufrió Francisco de Villagrà a manos de los araucanos. Como aquél con todas sus tropas hubiese intentado huir, doña María de los Nidos se colocó en medio de la plaza y dijo: "Señor general, si vuesa merced desea retirarse por el provecho personal, váyase en buena hora; pero deje siquiera que las mujeres defendamos nuestras casas y no nos obligue a solicitar auxilio en las ajenas". Y como en tantas ocasiones, la decisión de una mujer estimuló los bríos de los varones y la ciudad fué conservada.

Con buenas hembras comenzaba la gran nación que extiende hoy sus costas inacabables en las riberas del Pacífico. De otras mujeres podemos añadir todavía la noticia. En la expedición a Chile que debía llevar al sucesor de Valdivia, Jerónimo de Alderete, llegó a Chile don Francisco Alvarez de Toledo. Años más tarde, en 1561, le fué concedido permiso a su mujer y familia para trasladarse a Chile. Su mujer se llamaba doña María de Toledo, y su hija Leonor.

Y otra acción de benigna intercesión nos ha conservado el famoso poeta Ercilla. Durante las fiestas de Chile en 1558 dos capitanes el propio Ercilla y Juan de Pineda, disputaron y se acuchillaron en presencia del gobernador don García Hurtado de Mendoza. Indignado éste ordenó que fuesen degollados. Fueron inútiles los ruegos de los muchos que intervinieron, y para no seguir oyéndolos, se encerró en su casa. Entonces varias damas de la colonia, escalaron la vivienda del gobernador y entrando por la ventana, de tal manera le importunaron que consiguieron salvar la vida de los dos capitanes. El propio Er-

cilla cuenta el lance en su conocido poema épico "La Araucana", en el Canto XXXVI, estrofa 33.

Las damas de Chile siguieron mostrando en todo momento el espíritu varonil que, al parecer, habían heredado de Inés Suárez. Años más tarde de los sucesos que venimos historiando, el pintoresco viajero del mundo, Pedro Ordóñez de Ceballos, recogió un hecho semejante al que protagonizó doña María de los Nidos, y que cuenta de esta manera: "Otro hecho semejante acaeció el mismo año y día y circunstanciado casi de la misma manera, en las provincias de Chile, en la ciudad de la Concepción. Y es que entrándola los indios, ganaron la media y toda la plaza; y no pudiendo los españoles resistir su grande y furioso ímpetu, porque eran muchos, se retiraron al campo. Estaba a la sazón una señora española llamada doña Beatriz enferma, y oído el ruido salió a una ventana y vista la retirada de los españoles, con un pecho varonil y con un entrañable sentimiento les dió voces tratándolos de lebrones y que cómo degeneraban del valor, brío y esfuerzo español. Dijoles razones tan fuertes y valerosas que con ellas les hizo cobrar nuevos bríos y alientos tan animosos que, volviendo sobre ellos los vencieron a los indios, y los que tenían ya la victoria muy por suya los dejaron vencidos" (23).

7) LA PRIMERA COMADRONA DE CHILE

Mención especial merece, por la importancia de su misión la persona de doña Isabel Bravo, que fué la primera mujer que de una manera legal ejerció en Chile la profesión de comadrona. Había residido anteriormente durante bastante tiempo en el Perú, y en la ciudad de Lima, después de haber ejercido durante varios años sus funciones, obtuvo el título oficial de manos del célebre médico Francisco Gutiérrez en 1568. Pasó después a Chile y el Cabildo de Santiago aprobó este título quedando allí doña Isabel Bravo en el ejercicio de su profesión (24).

(23) PEDRO ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, *Viaje del Mundo*, p. 253.

(24) ALEJANDRO FUENZALIDA, *Evolución Social de Chile (1541-1810)*. Santiago de Chile, 1910, p. 344.



CAPITULO X

MUJERES EN EL PLATA